

Lautaro Yankas

El maligno

(Una tradición lugareña)



O hace menos de una semana que la feligresía de Peumo experimenta gran trastorno. La primera misa no logra el fervor de otros días. Las mujeres—con el manto prendido bajo la barbilla—se doblan en los bancos, y mientras el señor cura masculla el evangelio del día, abundan las toses irritadas y las cabezas se vuelven furtivamente cuando alguna beata retrasada hace crujir el viejo banco, al sentarse.

El propio cura, don Hermógenes, diríase que se distrae. Sin duda, algún poder secreto perturba el misterio de la misa y hiere el silencio donde ayer los fieles advertían la presencia de Dios.

Media hora más tarde el grupo de beatas obscuras—caras de óvalo ceniciento y afilado—charlotea en torno de la lustrosa sotana de don Hermógenes—quien las escucha con la mansa gravedad de su cara huesuda, de amplio frontal. Sus ojillos mortecinos nadan en el

acuario profundo de los anteojos. La cabeza dice no, repetidas veces.

—Pero, señor cura. El altar ya no se puede mirar. Hace una semana que no se adorna. ¡Y si sólo fuera eso!

—Está falto de todo, señor cura; así, el Señor lo va a olvidar, no descenderá con su perdón hasta nosotras y el pecado nos tentará.

—No sucederá eso, hijas mías. Conocen mal a nuestro Señor. Saben ustedes que Jesús amó sobre todo al humilde, al desamparado, y la pobreza ha sido su blasón a su paso por el mundo. ¿Por qué, pues, podría abandonarnos? El Señor se mantiene en su Gloria y su mirada llega al corazón de sus hijos, sin detenerse a considerar la riqueza de éstos, ni su fealdad ni su belleza. Por eso él perdona y nos hechiza fácilmente.

—Lo sabemos, señor cura. ¿Pero qué cuesta llenar de flores el altar, si las tenemos en abundancia? Está muy triste y abandonada la casa del Señor.

—Muy triste—apoya otra.—Pronto se parecerá a la casa de la muerte. Nadie va a querer venir aquí.

—El jardín de la parroquia tiene tantas flores que con ellas podríamos alfombrar la iglesia: ¿Vamos a coger unas pocas?

—No, hijas mías.

—Anteayer nos hizo traer rosas blancas. ¿Por qué nos hizo volver a casa con ellas?

—Jesús fué pobre entre los pobres, recuérdenlo. «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una

aguja, que un rico entre en el reino de los cielos». El mundo se deja tentar por la vana riqueza. Dejen las flores en el jardín, que ellas también saben amar a Dios.

—¿Y los candelabros?

—¿Y los cirios? La iglesia más humilde los tiene. ¿Por qué los ha quitado?

Don Hermógenes sonríe con expresión ultraterrena y suelta su carcajadita acostumbrada, que es como un cloqueo familiar.

—Váyanse, váyanse, hasta mañana. Dejen que las flores maduren, unidas a la tierra, que caigan deshechas y muertas. Ellas también aman al Señor, y mejor lo aman si se les deja vivir y morir en libertad.

El racimo de beatas se deshace, chancleando por el corredor; se alejan, dobladas en el secreto temor de que el señor cura, tan viejito ya, tenga «algo»... No lo entienden. Y la aldea, ante lo incomprensible, no demora su veredicto; algo le pasa al señor cura.

Algo le sucede. Se cierra la puerta y el beaterío, antes de perderse en la esquina, puede oír una risotada robusta y cruel que les hiela el pensamiento y da un tajo brutal en el silencio de la calleja.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? ¡Señor Jesucristo!

—¿El señor cura?

—¡Imposible! Ave María purísima...

—¡El señor cura! Era su voz. Ya le oí reír así en días pasados. ¡El propio señor cura! ¡Dios mío!

—Falso testimonio. ¿El señor cura?

—El mismo. Su cabeza—líbrenos Dios de ello—no está bien. ¿Tan ciegas somos que no lo vemos? ¿Por qué está abandonado el altar? ¿Por qué el señor cura hizo sacar los candelabros y oficia sin luces? ¡Señor Jesucristo, ayúdanos! Nuestro pastor es viejito y su pensamiento está débil. Ayúdanos, Señor.

Las beatas alzan la cabeza—frescura azul en el cielo vasto— y la inclinan, mientras las manos pardas, lustrosas, maceradas por el frío de la iglesia, se retuercen clamando.

La más viejita y enjuta agita su libro.

—Vendremos esta tarde y tendrá que hacernos caso; el señor cura es un alma de oro. La iglesia es de todos porque así lo ordenó nuestro Señor. Quien sabe si el señor cura hace todo esto para probar nuestra fe... Yo nada puedo temer.

—Yo tampoco. Esta tarde sabremos lo que se debe hacer. ¿No le parecerá exagerada nuestra devoción?

—Imposible.

—Esta tarde vamos a oírlo. No lo dejaremos, si no nos libra de este peso.

El manojo de sombras se dispersa otra vez, mascullando.

Sobre la esquina, el sol, como un misal de oro.

* * *

En el vestíbulo de la parroquia esperan las mujeres más fieles. Las bocas no descansan y el murmullo es inquietante.

La criada de Don Hermógenes llega, pesadota, y anuncia:

—El señor cura está enfermo. Me manda a decirles que pueden verlo.

El murmullo se precipita, sordo.

Entran al corredor de ladrillos rojos. La criada empuja una puerta y las ocho beatas pasan como una ráfaga. Parpadean en la penumbra. Las estampas y los marcos de oro viejo se animan, se adelantan hacia las intrusas. Ciertamente, piensan, en ese cuarto esfumado debe estar Dios, en todo momento. La cara de don Hermógenes pliega una sonrisa que aclara su voz:

—Hijas mías, ¿qué pasa?

La cera del rostro y sus salientes vivas.

—Señor cura—habla la más próxima—, veníamos a consultarlo. El señor cura ya sabrá de qué se trata.

—No me entero todavía.

—Queremos consultarlo sobre el arreglo de la iglesia, pues no ha de seguir como está. Dios no rechaza las ofrendas y el señor cura debe permitir que pongamos flores en el altar. Esta mañana nos negó el permiso.

Don Hermógenes se incorpora, y el cuarto, hondo como sepulcro, parece devorarse el asombro del sacerdote.

—¿Qué dicen ustedes? ¿Esta mañana?

—¡Señor cura! ¿no lo recuerda?

El asombro se arma en cada rostro.

—¡Hijas mías! Me parece que ustedes no andan bien de la cabeza.

—¡Señor cura!

—Están locas ustedes, todas locas.

La mirada de don Hermógenes se agudiza, se envuelve en piadoso sopor y se detiene, como niebla acariciadora, sobre cada una de las mujeres; luego se alza hacia el crucifijo que está al frente, bronce oxidado, moreno. Un frío poco común hiela la frente del enfermo. Sus manos se juntan y su palabra arde en la fe...

—El demonio ha querido tentarlas, hijas mías. De un tiempo a esta parte este cristiano pueblo olvida a Dios y ya no veo hombres en la iglesia. El Oscuro anda en todo esto. Ahora quiere acabar con la fe de ustedes, y ¡horror!, les sale al encuentro con mis hábitos, con mi presencia, y tomando el nombre de Dios, les dice que despojen el altar. A ver, ¿qué han respondido ustedes?

—Hemos rogado, balbucea una la menos horrorizada.

—Y el Oscuro se ha reído de ustedes. Misericordia, Señor. Tu parroquia peligra. Ayuda a su siervo, que es viejo, y no puede con el rebaño.

—Señor cura, usted nos libraré de la tentación, usted nos ha iluminado. Creíamos que todo eran caprichos suyos. El demonio habla tan bien como usted.

—Desgraciadas, no lo vuelvan a escuchar, porque el infierno las espera. Denle en los hocicos con el nom-

bre del Señor. No mermen los exorcismos. Fulminenlo con las oraciones del caso. No teman, menos aun si aparece en mi figura. Levanten sus crucifijos y escapularios y si fuese grande la osadía del falsario, cojan lo que tengan a mano y zúrrenlo. Las siervas de Dios saben ser bravas.

Las beatas agitan las manos, demudadas. El horror les hiela el pensamiento y el amparo del Señor les parece problemático. Nunca habían estado amenazadas como ahora. Jamás, el demonio había mostrado tanta audacia y cinismo. Era necesario hacerle frente con el corazón cargado de fe. Pero, ¿habría esperanza de triunfo si ya habían sido engañadas vergonzosamente? ¿Podrían saber si el que tenían delante era Satanás o don Hermógenes? Apretujadas allí dentro, pálidas y silenciosas, habían perdido el sentido de la realidad. ¿Qué sucedería al fin?

—Rogaré por ustedes. Déjenme ahora... Satanás vendrá a tentarlas pronto. Duro con él, cualquiera que sea su presencia. ¿Han oído bien?

—Sí, señor cura.

Don Hermógenes cierra sus ojos y cae sobre los almohadones. El chancleo de las beatas sobre el corredor.

La tradición cuenta que los choques con el Astuto fueron frecuentes desde entonces. Las mujeres lo perseguían hasta el pie del Gulutrún, el cerro próximo. Más arriba no llegaban.

Ha pasado una semana.

Don Hermógenes ha oficiado su misa. A mediodía entra en su cama, pues no se siente bueno. El pesado perfume de las flores del altar—después de aquellos días de officiar sobre la tabla desnuda—mina sus sentidos, y constantes vahídos lo hacen apartarse de la idea que lo domina: el peligro de tentación en que se encuentra su rebaño.

Apenas se recobra, sorteando la obsesión, coquetea el recuerdo henchido, desbordante, de la iglesia durante la misa reciente. Espectáculo extraordinario, conmovedor. En el alma del cura se abre un pequeño círculo dorado, luego otros, como si hubiese caído en ella, desnudo, el tac de su corazón jubiloso. La gracia del cielo puebla el silencio de la iglesia. Unción, majestad y gloria del misterio cristiano. En su pobre camastro, don Hermógenes escucha sus propias palabras; su acento es dulce y candente. Ha aludido a la tentación, a las flaquezas del mundo y al deber de entregar el corazón a Dios. Su palabra ha vibrado, rejuvenecida, y en su rostro ha ardido la savia divina. Gran día. La emoción excesiva ha acentuado, quizás, esta fatiga que deja vacíos negros en su cerebro.

La vieja sirvienta entra con una poción.

—Tendrá que guardar cama hasta que haya mejoría. ¡No se levantará cuando se le ocurra! Los años no resisten estos juegos de niños. Dios le perdonará...

—¡Qué horror, Gertrudis. ¿Y la misa? ¿No sabes que nunca como ahora el pueblo necesitó mis palabras?

—Usted no está bueno y debe cuidarse.

—No, hija. Mañana diré la misa como acostumbro.

—Que la diga el señor cura de Rosal. Es joven, puede venir después de officiar en su parroquia.

—¡No! Qué ocurrencia. Iría diciendo a todo el mundo que en Peumo hay un viejo inútil. ¡No!

El silencio de las horas.

Don Hermógenes tiene el breviario abierto sobre la cama. Sus ojos, pese a la ayuda de los lentes, no pueden leer. Decididamente, su voluntad se deshace y las imágenes más absurdas se yuxtaponen, como si soñase. Los relieves amarillentos del Cristo y los claros de las estampas flotan en la penumbra. La noche no trae paz y el cura se esfuerza en la penumbra de la conciencia. —Estaré muy enfermo...

Es un mal desconocido para él. Su cuerpo seco y tenaz sólo ha sentido la oxidación de los años. Pero esto es distinto. El recio metal parece roído, disgregado desde adentro.

La mañana a franjas de oro lo despierta tarde, a las diez. No ha dicho misa. Gertrudis no lo despertó. Está descansado. La impresión de la tarde anterior se borra como una luz en la niebla. Sin duda aquello se debió al exceso de flores en el altar. Está alegre, el pensamiento sigue el ritmo vivo del corazón. Advierte que es tarde, pero no se disgusta con Gertrudis. Hay demasiada bondad en él.

Desayuna, coge su libro y sale. Toma la calle que lleva al puente. Un paseo por el campo próximo es digno de su persona, bajo aquella nave azul, que es el cielo. El camino entre pinares nuevos, está desierto.

Por la tarde, antes de la novena, toma el mismo camino. La paz del crepúsculo lo tienta a caminar un poco más. La oración alterna con el deleite del campo. Es la dicha, bebida en su medida universal. Don Hermógenes siente al mismo tiempo el contacto de la costra terrestre y el espíritu de la tierra. —Señor, cuán pequeño es tu siervo y cuán grande lo haces a ratos.

Decide volver. Se sienta un momento. Se levanta y camina. El breviario ha quedado sobre la piedra.

La frescura campestre. Los dedos de la tarde se hunden en las sienes del cura. Su pensamiento no puede, quizás, soportar el intenso hálito que lo envuelve. —Seguramente no estoy bien todavía...

Aprieta su frente, con angustia. Cae su mano. Su rostro busca el cielo. Prorrumpe en una carcajada. Su paso se aviva, juvenil, y la boca risotea, tendida. Entra al pueblo casi a la carrera.

En la esquina de la plaza encuentra a las beatas, que lo esperan. Don Hermógenes trae el aire socarrón y hace chasquear la lengua. Llama a la más próxima, que también es la mejor de todas.

—No hay novena hasta mañana. ¡Que se vayan! La iglesia se va a cerrar. Vaya usted y apague las velas y la lamparilla.

—Sí, señor cura... Pero...

No concluye. Corre al grupo obscuro, donde sue-
nan los rosarios. Don Heruógenes camina hacia la
esquina opuesta, con las manos delante de sus ojos,
como si leyese. Las mujeres le dan alcance.

—¡Señor cura!

—¡Señor cura!

—No me interrumpen. ¡A sus casas, dije!

—¿Es usted, señor cura?

—¿Están locas, ustedes?

—¡Los ojos!...—cuchichea una, acercándose.

—¡Señor cura! ¡La novena...

—A todas las voy a mandar al infierno.

Finge leer.

—Es el Maligno.

—¡El Diablo!—gritan a una.

Las manos alzan los rosarios y diez bocas mascu-
llan los exorcismos. El cura se aleja. Su paso se hace
rápido, escurridizo, y a media cuadra se hace una
carrera de zorro. Las beatas, animosas, ahogan la
última duda. Sólo el Maligno puede huir de ese
modo. La calle aparece tétrica al anochecer, con sus
cercos de alambre y sus tapias bajas. Las viejas, se-
cas y nerviosas, parecen haber echado alas. Aquello
se transforma en una carrera desenfrenada. El fugitivo
se adelanta a veces buen trecho, se detiene un segundo
y mira, ora serio, ora burlón. El viento trae hasta
las mujeres un eco perenne de burla.

Dejan atrás el puente. El campo levanta sus jibas,

y los peumos y maquis inciensan inútilmente el camino.

El fujitivo se detiene otra vez. Sus manos aprietan el corazón, mientras los ojos se revuelven ciegos.

—Qué es esto, Dios mío...

Las beatas alcanzan a oír, pero no hacen caso. Poseídas de ardor cristiano, cogen las piedras a su alcance y las disparan sin miedo, balbuciendo la oración propicia. Ha oscurecido completamente y sólo distinguen el bulto del Maligno, que tras una pedrada certera azota en tierra.

Ellas parecen ebrias. La fe ha triunfado—piensan—y sus corazones exigen más violencia. Las manos buscan entre los hoyos y las piedras llueven sobre el cuerpo del caído.

De súbito se detienen. Doña Peta dice:

—Sólo hallaremos un montón de trapos. El Maligno se habrá hecho humo. —Ya no hace maromas en el Gulutrún, como otros días.

Todas miran hacia el cerro más alto, que dibuja un trapecio negro en el cielo: nada.

—Acerquémonos. El Maligno se robó la sotana vieja del señor cura. Se la llevaremos.

Las diez sombras se acercan con cuidado y los rosarios apenas tejen su murmullo.

Doña Peta busca cerillas en lo más profundo de su pollera. La llamita se acerca, lenta. La beata adelanta su crucifijo. La luz se fija un breve instante y comienza a temblar. Cada vez más. La cara de doña Peta se

barniza con un sudor mortal. Debajo de la luz que decrece, está la cara ensangrentada del señor cura.

... Sobre el Gulutrún, el pueblo de Peumo ha levantado una cruz. Se ha labrado un camino que lleva hasta ella y todos los años, los feligreses suben al empinado cerro con su ofrenda de velas encendidas. Los viejos pobladores cuentan que desde aquella noche terrible, el Maligno no ha vuelto a bailar sobre el Gulutrún.